

«Hasta entonces, decía, había sido bueno, pero en adelante fué virtuoso ó cuando menos embriagado de virtud. Esta embriaguez había empezado por la cabeza y había pasado al corazón donde hizo nacer el orgullo mas noble y elevado sobre los escombros de la vanidad arrancada de cuajo. No fingía; me trasformé en lo que parecía; y este periodo de fermentación interior duró por lo menos cuatro años en toda su fuerza. Yo me sentía capaz de comprender y de hacer todo cuanto puede haber de grande y bello en un corazón humano. Esto produjo mi elocuencia súbita, el fuego verdaderamente celestial que inundó mis primeros escritos cuando no se había visto en los cuarenta años de mi vida trascurridos hasta entonces ni la mas pequeña chispa en mi alma, precisamente porque no estaba inflamado. Había realmente renacido; mis amigos y conocidos no me conocieron. Ya no era yo aquel hombre tímido, mas cobarde que modesto, que se ocultaba y no se atrevía á hablar, á quien una broma confundía y á quien la mirada de una mujer hacia ruborizar. Muy diferente me mostré. Atrevido, orgulloso é imperturbable exhibí en todas partes una seguridad tanto mas imponente cuanto mas sencilla era, arraigada mas en el alma que afectada en lo exterior. El desprecio de las costumbres, principios y preocupaciones de mi siglo, desprecio inspirado por mis profundas meditaciones, me hizo insensible á las burlas de los que representaban lo que yo despreciaba; y trituraba con mis sentencias formidables sus vaciedades burlonas, como se aplasta un insecto entre los dedos. ¡Qué transformación! Todo París repetía los sarcasmos mordaces y acerbos de aquel hombre que dos años antes y diez años despues jamás supo lo que había de decir ni cómo hablar.»

En esta disposición de espíritu procedió Rousseau á la investigación de las causas de la desigualdad entre los hombres, en contestación al segundo tema puesto á concurso por la academia de Dijon en el año 1753.

En las primeras palabras del prefacio patético y amenazador se presenta el autor con la seguridad imperturbable del profeta que domina á su auditorio y que ni se acuerda ya de si hay todavía incrédulos. «¡Oh hombre! dice, de cualquier país que seas, cualesquiera que sean tus opiniones, ven y escucha la historia, como yo la he leído, no en libros hechos por tus semejantes, porque estos mienten, sino en la misma naturaleza que no miente nunca. Todo lo que de ella se deriva es verdad; si algo resulta falso en esta historia será cosa que habré añadido yo de mi cosecha sin quererlo. Los tiempos de que me propongo hablar son remotísimos, y ¡cuánto has cambiado, ¡oh hombre, si te comparas con lo que eras! Voy á describirte la vida de tu especie, por decirlo así, conforme á las cualidades que has recibido, y que, á pesar de estar falseadas por la educación y las costumbres, no pueden ser destruidas. Hay en la vida un periodo en que el individuo, segun comprendo, quisiera detenerse; pues bien, tú buscarás la época en la cual desearías tú que tu especie se hubiera parado. Descontento con tu condición actual por motivos que anuncian para tus descendientes desgracias un descontento mayor, desearás quizá retroceder, y este deseo constituirá el elogio de tus ascendientes primitivos, la sentencia condenatoria de tus contemporáneos y el terror de los que tendrán la desgracia de vivir despues de tí.»

A la pregunta: ¿En qué época se ha introducido la desigualdad entre los hombres? contesta Rousseau: «En el momento en que los hombres dejaron de ser hombres de la naturaleza;» y á esta otra pregunta: ¿Cuál es el rasgo mas característico que distingue el abandono del hombre ó su salida de su estado natural? contesta: «El reconocimiento de la propiedad personal y la sumisión á un poder central

ó gobierno. Tanto el primero como la segunda son contrarios á la igualdad y libertad personales del hombre, y de consiguiente solo podían introducirse valiéndose de su candor y abusando de su debilidad.»

Rousseau presenta á su manera estos dos adelantos de la civilización. Explica el origen de la propiedad particular en el célebre pasaje siguiente: «El primero que cercó un pedazo de tierra con estacada y foso, y tuvo la ocurrencia de decir: «esto es mio,» y encontró gente bastante simple para creerlo, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, homicidios, cuántos horrores y miserias habría podido ahorrar al género humano el hombre que hubiese arrancado las estacadas y cegado los fosos, diciendo á sus compañeros: «No le presteis oído; os engaña; sois perdidos si olvidáis que la tierra no pertenece á nadie, y que los frutos son de todos.»

Una vez establecida la propiedad, hubo tambien ricos y pobres, es decir, la guerra de todos contra todos, de la cual resultó una situación que facilitó á los ricos el medio de presentar como un beneficio el establecimiento de un gobierno para la protección de sus intereses, gobierno que los pobres hubieron de desear para su salvación propia. Entonces fué cuando se oyeron expresiones arteras como: «Unámonos para proteger á los débiles contra la opresión, para tener sujetos á los ambiciosos, y asegurar á cada uno la posesión de su propiedad. Establezcamos disposiciones para garantizar el derecho y la paz, disposiciones que por todos sean acatadas, que valgan para todos sin excepcion de nadie y que compensen en cierta manera los caprichos de la suerte, imponiendo á los fuertes y á los débiles deberes mutuos. En una palabra, en lugar de emplear nuestras fuerzas contra nosotros mismos, reunámonos en un poder supremo que nos gobierne con leyes sábias, que proteja y defienda á todos los miembros de la comunidad, que rechace á los enemigos comunes, y que conserve entre nosotros una concordia perpetua.» Esta alocución encontró oídos creyentes; y para asegurar su libertad corrieron todos á recibir las cadenas. Tenían inteligencia para comprender las ventajas de un gobierno, pero les faltaba la experiencia para poder prever sus peligros. Los que mas distintamente veían los abusos que sobrevendrían fueron cabalmente los que esperaban explotarlos, y hasta los sabios creyeron que debían sacrificar una parte de su libertad para conservar la otra, como un herido se deja cortar un brazo para salvar el resto de su cuerpo. Este fué y no otro el origen de la sociedad y de las leyes que impusieron á los pobres nuevas cadenas y comunicaron á los ricos nuevas fuerzas, que aniquilaron irrevocablemente la libertad natural, que fijaron para siempre la legalidad de la propiedad y de la desigualdad, y condenaron á la humanidad entera definitivamente al trabajo, á la esclavitud y á la miseria en beneficio de algunos individuos.»

Este es el discurso que hizo de Rousseau, el filósofo republicano de la jóven Francia. Él mismo confiesa que este discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres supera en atrevimiento hasta al mismo «Contrato social.» Tenía razón; porque reduciendo el gobierno y el órden social entero á engaños y tropelías ejercidos por un puñado de embaucadores codiciosos en perjuicio de los pueblos, era evidente que no se podía ir mas allá en la censura. Con esto quedó consignado y proclamado por primera vez en crudo el derecho, y aun el deber, de destruir todo lo existente tan pronto como hubiese fuerzas para ello. Era de consiguiente imposible ir mas lejos; lo único que podía todavía extremarse eran los medios, la excitación de las masas. Lo único que faltaba era comunicarles la convicción de la justicia de la obra de destrucción, presentándoles con colo-

res seductores el ideal de la nueva sociedad y de su organización. Para esto ofrecieron tambien abundante material los escritos de Rousseau, que si para nosotros están plagados de contradicciones y de puntos vulnerables, no sucedía lo mismo en aquella época, que no tenía ojos para ver estos defectos.

Para ver lo equivocado é imposible del sistema de Rousseau basta figurarse al hombre de la naturaleza en el puesto del hombre civilizado, con todas sus necesidades y elementos de vida. El hombre primitivo para expresarnos con precisión, brutal si se quiere, no es hombre, sino animal, y todo lo que le elevase sobre éste, le apartaría de la naturaleza y sería contrario á ella y contrario á su destino, segun Rousseau lo entiende, pues que no vacila en decir: «El acto de meditar es un acto anti-natural, y el hombre que medita es un animal (degenerado). Como la naturaleza ha tratado por igual al hombre y á los animales, todas las comodidades que el primero se procura fuera de las condiciones generales vienen á ser otras tantas señales de su degeneración progresiva. El primero que se hizo vestidos ó se construyó una vivienda, se creó cosas que no son indispensables, porque antes se había pasado sin ellas, etc. (1).

En el libro infalible de la naturaleza que Rousseau decía haber abierto el primero, no había leído mas que lo que tenía en su propia imaginación. Es un error grandísimo creer que la naturaleza ha tratado y dotado por igual al hombre y al animal; muy al contrario, ha dispuesto que el hombre se proporcione con su trabajo, lo que el animal lleva naturalmente consigo, lo que á este no es absolutamente indispensable ó lo que encuentra ya hecho. No ha dotado la naturaleza al hombre de vestido, que crezca y se renueve como el que ha dado al cuerpo del animal; al hombre tampoco está organizado para vivir en cuevas ni sobre los árboles, ni puede vivir exclusivamente de raíces, yerbas y bayas. Solo en la fantasía de un soñador que ignora que el trabajo hace hombre al hombre y dueño de los bienes y de los productos de la tierra que habita, puede haber una naturaleza que haga vivir sin lucha y sin trabajo. Solo la persona que ignoraba todo esto podía explicar el origen de la propiedad de la manera que lo explicó Rousseau. No se cuidó de examinar ni de preguntarse si alguna vez habría podido ocurrir á nadie cercar con estacada y foso un trozo de terreno inculto, y si el hombre que cultivando un pedazo de tierra lo cercó, no tenía derecho de hacerlo diciendo: Esto es mio, yo lo he labrado y sembrado y aquí nadie sino yo tiene el derecho de recoger el fruto. Rousseau no tenía una idea del deber del hombre de trabajar, y por esto ignoraba el derecho de quedarse con el fruto de su trabajo, del cual únicamente puede derivarse lógica é históricamente el derecho de propiedad.

En la Francia que le rodeaba no veía Rousseau mas que arriba una minoría de indolentes fastuosos, y abajo millones de seres obligados á trabajar en la miseria mas abyecta para que sus dominadores no aprendiesen lo que cuesta la vida. Semejante estado le parecía contrario á la naturaleza y lo era; pero no era menos contrario á la naturaleza el estado que él soñaba para reemplazarlo, su paraíso en el cual todos los hombres tendrían y disfrutarían el mismo derecho de vivir libres, es decir, sin trabajar, á costa de la naturaleza pródiga. Toda la libertad é igualdad del hombre natural de Rousseau no vienen á ser en el fondo otra mas que la dicha de soñar sin trabajar, dicha que había ya perdido gran parte de su pureza primitiva cuando los instintos brutales habían sido sustituidos por la costumbre de meditar, y el armonioso «grito de la naturaleza» por el habla; cosas que segun el

mismo Rousseau, la naturaleza no habría hecho tan difíciles para el hombre si le hubiese destinado á vivir en sociedad.

Con tales errores y peligrosas conclusiones entró el nuevo sistema social en la literatura; y segun veremos, comunicó á los poetas el sentimiento de la naturaleza, y descubrió á los preceptores de la humanidad muchos de sus secretos. El hombre que penetró el primero en esta senda, es decir, Rousseau, tenía en el apogeo de su talento un amigo. Ambos creían comprenderse mutuamente á fondo. Este amigo era Diderot, el editor de la gran Enciclopedia, el pensador y escritor eminentísimo al cual sus compatriotas deben la conciencia de su genio nacional y la importancia de su estudio.

V.—DIDEROT.—QUESNAY.

Dionisio Diderot (1), que nació en 5 de octubre de 1713 en Langres en la Champagne, debió su instrucción sólida y superior á los jesuitas; á su aplicación y estudio incansable



Dionisio Diderot, de la Academia de Ciencias de París

un cúmulo extraordinario de conocimientos en los ramos mas diversos, y á su genio los dones de la observación, de la asimilación y de la descripción aun en mayor grado que el mismo Voltaire.

La amistad estrecha que unió á este hombre durante largos años con el singularísimo Juan Jacobo Rousseau se explica sabiendo que Diderot era amante entusiasta de las bellezas de la naturaleza, y combatió toda su vida para hacer que el estudio y la imitación de la naturaleza reinasen con dominio exclusivo en todas las artes; y sobre todo leyendo en su diálogo «El sobrino de Rameau», la descripción magistral que hizo de una persona maestra en el arte de malgastar todos los talentos y dotes que adornan al hombre civilizado.

Debe su celebridad universal Diderot á la grande empresa científica, que acometió con la fogosidad del hombre jóven, á la cual dedicó heróicamente sus mejores años y las fuerzas de la edad madura, y que tuvo la dicha de llevar á término.

(1) Véanse: C. ROSENKRANZ, *Vida y Obras de Diderot* — Leipzig, 1866. — ASSÉZAT, *Oeuvres complètes de Diderot*, París, 1875-1877.

(1) Véase las págs. 44, 46 y 47 de sus Obras completas.